« yo he tenido la desgracia de haberos ocasionado algun disgusto « aunque sin intencion; pero no sabiendo yo cuál pueda ser este, « vengo á suplicaros me le digais, porque si acaso yo tuviese cul- « pa, procuraré satisfaceros. Es cierto, replicó aquella persona, á « quien la introduccion y sencillez de nuestro Santo habian ya tran- « quilizado bastante, es cierto que en tal ocasion me desagradó « un poco vuestra conducta." Poco trabajo costó al siervo de Dios desengañar á un hombre que habia sido engañado con noticias falsas, justificó plenamente su modo de proceder, y en lo sucesivo aquel personage le estimó mucho mas que antes.

Nuestro Santo volvia bien por mal. Cierto Orden regular de mucho poder se oponia á que Alejandro VII confirmase un artículo importante del instituto de la Mision. Súpolo Vicente, y quedó admirado, porque habia hecho muy particulares servicios á los mismos que ahora se le oponian. No obstante, se contentó con decir á un amigo suyo: « He sabido que N. y N. son contrarios « nuestros; pues aun cuando ellos me sacaran los ojos, no dejaria « de amarlos, respetarlos y servirlos por toda mi vida, y espero « que Dios me ha de conceder esta gracia." Efectivamente se la concedió el Señor, y el tal Orden regular nunca tuvo amigo ni defensor mas zeloso que él.

Cierta persona de alto nacimiento pretendia en la corte un beneficio. Vicente hizo ver en consejo pleno que el sujeto propuesto no era digno de la gracia, y habló con tal energía, que consiguió reunir á su dictámen todos los votos. Pocos dias despues al tiempo de entrar en el palacio de Louvre, fué acometido y maltratado por aquel mismo sujeto. Sabia nuestro Santo que con hablar una palabra hubiera sido vengado plenamente; entró en el consejo, y se retiró despues sin contar á nadie lo que le habia sucedido; pero el caso habia sido muy público para que pudiese permanecer oculto. Súpolo la reina, y justamente indignada por ver maltratado hasta dentro de su propio palacio á un sujeto á quien honraba con su confianza, mandó que aquella persona saliese de la corte y no volviese á presentarse en ella. Luego que Vicente tuvo esta noticia, hizo en favor de un enemigo declarado lo que hubiera tenido gran dificultad de hacer por su mayor amigo: pidió su perdon con muchas instancias; y aunque la reina regente con dificultad retractaba el partido que una vez habia to-

mado, le instó tanto y tan repetidas veces, que al fin se vió precisada á ceder á sus ruegos.

Cuando nuestro Santo tomó posesion de la casa de San Lázaro, se encargó al mismo tiempo del cuidado de tres ó cuatro pobres dementes que sus parientes habian fiado al cuidado del Sr. Le Bon. ¡Con cuánto cuidado servia Vicente y hacia que se sirviese á aquellos pobres insensatos! Cuidaba de ellos con tanto mayor gusto, cuanta menor era la satisfaccion que la naturaleza hallaba en este ejercicio. Cierta ocasion en que un Orden religioso, trató de despojarlo del priorato de San Lázaro, nada sentia tanto, segun se ha dicho en la historia de su vida, como abandonar á estos pobres dementes. El servicio que hacia á Jesucristo en sus personas era para él mas apreciable que la posesion de una casa situada á las puertas de Paris. Estimaba este servicio como un tesoro que sentiria mucho perder, y no le daba cuidado el ser despojado de una rica posesion que apenas habia empezado á gozar. Decia con el Apóstol, [1] *que para ser sabio segun Dios, es necesario reducirse algunas veces á ser tenido por loco entre los hombres.* Gobernado por este mismo espíritu, despues que fué declarado pacífico poseedor de la casa de San Lázaro, continuó siempre nuestro Santo, aunque sin tener obligacion de ello, en ejercitar estos mismos oficios de caridad con los pobres dementes, de los que todos huyen y nadie quiere encargarse. Miraba á estos pobres como á miembros enfermos de nuestro Señor Jesucristo, y les suministraba toda la asistencia corporal y espiritual de que eran capaces.

CAPITULO VIII.

De la Caridad de Vicente para con los pobres y los niños espósitos.

Este solo capítulo debiera formar por lo abundante de su materia un libro entero; pues fué tanta la caridad de Vicente, que lo hizo varon glorioso por todos los siglos. Fueron los pobres ob-

1 Cor. cap. 3, v. 18.

jeto de todos sus pensamientos y de todas sus acciones, el tema de sus conversaciones y de las exhortaciones que hacia á sus hijos. « Dios ama á los pobres, les decia, y por consecuencia ama á aque- « llos que tienen afecto á los pobres; porque cuando mucho se ama « á alguno, se ama tambien á los que son sus amigos y servidores. « Procure, pues, esta Congregacion aplicarse con afecto al servicio « de los pobres, que son los amigos carísimos de Dios, y de esta « manera tendremos razon para esperar que, en atencion á ellos, « su Divina Magestad nos ame y favorezca en sumo grado. Y así, « señores mios, empleémonos siempre con nuevo afecto en el ser- « vicio de los pobres; busquemos á los mas necesitados y olvida- « dos, y confesemos delante de Dios que ellos son nuestros dueños « y señores, y que nosotros somos indignos de que nos reciban el « mas pequeño socorro."

Inspiraba Vicente á los suyos este santo amor, asegurándoles que cualquiera que ame á los pobres durante su vida, no temerá la muerte en el fin de sus dias; que dice el Espíritu Santo: *Beatus qui inteligit super egenum, et pauperem, in die mala liberabit eum Dominus.* Decia que en muchas ocasiones, por esperiencia, habia conocido la verdad de estas palabras, y entre otras, cuando acaeció la muerte del Sr. de la Sale, en que uno de sus primeros compañeros le escribio lo siguiente: « La muerte del Sr. de la Sale « ha correspondido á su vida; desde el principio hasta el fin de su « enfermedad ha manifestado una continua conformidad con la « voluntad de Dios, y no ha dado señal ninguna de tener senti- « miento ó idea en contra. En tiempos pasados habia temido mu- « cho la muerte; pero como desde el primer dia de su enfermedad « vió que no le causaba temor, sino antes bien gusto y consuelo, « me dijo que esta vez moriria, porque habia conocido que al fin « de la vida quita Dios el temor de la muerte á aquellos que han « ejercitado la caridad para con los pobres."

Dos efectos principales obraba este amor de los pobres en el corazon de nuestro Vicente; uno era el vivo sentimiento por sus miserias, y otro, la continua aplicacion y cuidado en aliviarlas; que importa poco aquel afecto sin este ejercicio, pues aunque la compasion es santa, pero no remedia, y solo las obras ayudan y socorren.

La piedad y ternura con que asistia á los necesitados parece

que habian nacido con él, y que se le podia aplicar aquello de Job: *Crevit mecum miseratio.* Cuando pronunciaba aquellas tres palabras: *Jesu, Pater pauperum*, de la letanía del nombre de Jesus, que rezaba con los suyos todas las mañanas al fin de la meditacion, se enternecia de tal manera, que todos conocian el afecto del corazon que se asomaba á los ojos y á los labios. Si oia hablar de alguna calamidad pública ó privada, se le deshacia el pecho en suspiros, sin poder reprimir el dolor ni disimularlo, pues antes bien lo declaraba mas su rostro, demudado por la fuerza que se hacia para no darlo á conocer.

Un dia tuvo noticia de que los pobres estaban en gran peligro de morir de hambre por la escasa cosecha de aquel año, y llamando á uno de los suyos, le dijo confidencialmente, despues de algunos suspiros y esclamaciones: « Estoy en gran cuidado por « nuestra comunidad; pero á la verdad es mayor el que tengo por « la miseria y urgente necesidad de los pobres: porque nosotros « al fin nos podremos ayudar, ó pidiendo que nos envien de nues- « tra casa el pan, ó sirviendo de vicarios en las parroquias; pero « estos pobres ¿qué harán ó á quién recurrirán? Confieso que es- « te es el peso que me oprime y el dolor que mas me aflige. He oi- « do que los pobres de las aldeas dicen que podrán vivir mientras « duren las frutas; pero que acabadas estas, no les quedará otro « remedio mas que el de abrirse sepulturas con sus propias ma- « nos y enterrarse vivos. ¡O Dios mio! ¡qué gran miseria! ¡Y « qué medio podrá haber para remediarla!" Aunque hablaba Vicente de este manera, no se dejaba vencer ni rendir por las dificultades, antes bien cobraba mayor aliento y emprendia con tanto ardor el alivio de los necesitados, que comunmente le tenian los pobres por su procurador general, y todos, aun de los paises mas remotos, recurrian á él como á padre comun. « Es tan gran- « de vuestra caridad, le escribian de la Lorena, que todos recur- « ren á ella, y cada uno os considera como refugio de pobres « afligidos."

De otros muchos lugares le escribian lo mismo, y con razon, porque ademas de las limosnas que recogia de varias personas, distribuia á los pobres hasta lo que estaba destinado para las necesarias provisiones de la casa; y cuando las miserias llegaban á ser comunes, todavía queria que se quitase alguna cosa del or-

dinario sustento, que era bastante parco y moderado. «Este es «el tiempo de la penitencia, decia en semejantes ocasiones: ¿por «ventura no nos toca, á nosotros sacerdotes, llorar delante del al«tar los pecados del pueblo, por los cuales Dios le aflige y cas«tiga? Esto es de obligacion. Pero ademas de esto, ¿no debemos «tambien privarnos de una parte de nuestro sustento ordinario «para socorrer al necesitado en cuanto nos sea posible, y para «participar tambien nosotros de las miserias públicas?" Y de hecho, para este fin quitó desde que comenzaron las guerras de las dos coronas, el principio que se daba en refectorio; y durante los tres ó cuatro primeros años que duró la estrema miseria de la Lorena, hizo que se diese á la comunidad pan negro. Lo mismo sucedió el año de 1649 en que comenzó la guerra civil, pues ademas de haber distribuido á los pobres toda la provision de granos que tenia para la casa, comia con los suyos pan de centeno y de cebada, permaneciendo con esta penosa mortificacion, hasta que se dignó el Señor mejorar los tiempos y darle medios para atender á las necesidades de los pobres, que eran el mayor cuidado que atormentaba su piadoso corazon.

Apagado el incendio de la guerra civil, permitió Dios que en 1652 volviera á encenderse poderosamente la llama de la discordia que consumia á toda la Francia, y en este tiempo ejercitó Vicente su ardiente caridad de tal manera, que pudo con razon ser tenido por remedio de tan lamentable desdicha. Entre los innumerables rasgos que de esa caridad pudieran citarse, solo referiremos lo que pasó en el lugar de Paleseo, que estaba en el último grado de miseria. Habíase alojado el ejército en dicho lugar por espacio de muchos dias, y cuando se retiró dejó la mayor parte de sus habitantes enfermos de calentura contagiosa, de manera que morian diez y doce cada dia: llegó á noticia de Vicente esta desgracia, y para alivio de tan notable daño envio luego cuatro sacerdotes de su Congregacion y un hermano que ejercia la cirugía, con dinero, pan, vino, huevos y la carne que pudo, para que se distribuyese á los mas necesitados; fué cuotidiano este socorro, hasta que no teniendo ya recursos para poder continuarlo, se valió de la duquesa de Aiguillon, á quien escribió la carta siguiente.

«Continúa todavía el contagio en Paleseo: los enfermos que

«han quedado con vida, necesitan de ayuda para su convalecen«cia; y los que ya estaban sanos, ahora han recaido: uno de nues«tros sacerdotes ha venido con solo el objeto de decirme que los «soldados han segado todo el grano; de suerte, que no hay co«secha que recoger. No podemos nosotros continuar haciendo «frente á tanto gasto; hemos enviado hasta ahora seiscientas se«senta y tres liras [1] en dinero contante, sin las vituallas y otras «cosas. Humildemente os ruego que dispongais que hoy se cele«bre una junta en vuestra casa, para ver lo que se debe hacer en «esto: yo procuraré asistir á ella; pero entretanto me veo preci«sado á volver á enviar á este sacerdote y otro hermano con cin«cuenta liras. Es tan maligna la enfermedad, que los cuatro «primeros sacerdotes que fueron juntamente con el hermano que «los acompañaba, han caido enfermos, y ha sido necesario volver«los á traer á casa, y dos de ellos se hallan en gran peligro de «muerte. ¡O señora! ¡qué abundante cosecha para el cielo po«demos hacer ahora que tenemos á nuestras puertas tan grandes «miserias! La venida del Hijo de Dios ha sido la ruina y la re«dencion de muchos, como dice el Evangelio; y nosotros pode«mos hasta cierto punto decir lo mismo de la guerra; pues si ella «ha de ser la causa de la condenacion de algunas personas, Dios «se servirá tambien de ella para sacar la gracia, la justifica«cion y la gloria de muchos, en cuyo número esperamos que «tengais un lugar, como humildemente se lo ruego á su Divi«na Magestad."

En el mismo año de 1652 salió de madre el Sena, inundando los contornos de sus riberas; las aguas circundaron una pequeña aldea vecina á San Dionisio, á dos leguas de Paris, y los habitantes de ella se vieron en la última miseria y sin esperanza de remedio, pues no podian salir de las casas para pedir socorro. Pero el cielo piadoso se lo envió por medio de Vicente, á quien inspiró que acudiese á tan urgente necesidad; porque sin aviso de nadie mandó que llevasen á aquella mísera poblacion con la mayor presteza una carreta de pan, y al dia siguiente, sabedor del lamentable estado de aquellos pobres, volvió á mandar otra, y lo mismo continuó haciendo dos ó tres veces en la semana, hasta que cesó la inundacion; todo lo cual hizo á espensas de su casa, emplean-

1 Hacen poco mas de 152 pesos.